

Según esta concepción, la decadencia causada por el lujo llegaría a su colmo en la época en que se publicaron las cartas de Romero del Alamo (p. 363). Aunque las bibliografías, entre ellas la de Palau, no indiquen ninguna obra del autor de las cartas insertadas en el *Memorial* de 1789, la fuerza de su razonamiento apoyado por muchos detalles e incluso por indicaciones estadísticas revela un personaje perito en los asuntos de la Hacienda y en las cuestiones económicas de la época de Carlos III.

Cronológicamente, es anterior a las cartas de Romero del Alamo la postura del periódico *El Censor* (1781-1787, en 167 discursos) adoptada frente al problema del lujo; la opinión del *Censor*, en este respecto como en otros tantos, parece la más equilibrada. El *Censor* no se contenta con citar a los autores franceses como Cantillon, Mably y Plucet, sino que los somete a un análisis sistemático y muy severo. En el discurso 125 se resumen las convicciones del periodista publicadas ya anteriormente. El lujo fundado «esencial y necesariamente en el trabajo» se considera como «absolutamente necesario a la prosperidad». Sin embargo, resulta pernicioso el lujo que induce a los ciudadanos a llevar una vida de inacción. El paso de la primera a la segunda forma del lujo ¿es imprescindible? El *Censor* dice que no lo es en un principio, aunque en España la creciente desigualdad de fortunas acrece el aspecto fatal del lujo. Los discursos 132 y siguientes se dedican al análisis y a la refutación de las teorías de Cantillon. En el discurso 132 se procura demostrar que

no es el lujo la causa de nuestros males, sino la ociosidad que le acompaña.

En los dos números siguientes se insertan las cartas de dos adversarios del lujo incondicionados. En el discurso 159 el *Censor* admite que

siendo la desigualdad de los ciudadanos pequeñísima... nada habría que temer de parte del lujo.

El discurso 166 vuelve a afirmar:

... que la riqueza de un Estado no puede serle perniciosa, y es antes bien absolutamente necesaria a su prosperidad, cuando es fruto precisamente del trabajo, y se reparte entre todos los ciudadanos en una exacta proporción a los talentos de cada uno, y a la aplicación que de ellos hace en beneficio de los demás; pero que al contrario, no es posible que deje de serle funesta siempre que falte esta proporción, y haya una clase de ciudadanos en la cual pueda asociarse con la ociosidad.

En el mismo discurso, dirigido contra el primitivismo y el igualitarismo de Bably, se defiende la necesidad de la propiedad y del progreso de las artes:

¿Por qué sino clamar con tanta energía contra todas las artes que no son de primera necesidad? ¿Por qué quererlas proscribir como las más crueles enemigas del género humano? ¿Por qué tanto echar menos la comunión de los bienes, tanto acriminar las voces *tuyo* y *mío*, tanto empeño en persuadir que es necesaria para nuestra felicidad una absoluta igualdad de fortunas? ¿Una igualdad no geométrica, sino rigurosamente aritmética: esto es, una igualdad que no consiste en que el haber de cada uno sea proporcionado a la parte con que contribuye al bien general, sino en que el de ninguno exceda al de otro? Semejante igualdad ya se ve que excluye todas las artes, y que sólo puede subsistir en un pueblo que se reduzca a lo físicamente necesario.

La perspectiva del lujo, en la mente de los críticos, hace adelantar la decadencia hasta comienzos del siglo XVIII, acentuándose cada vez más en el transcurso del siglo. Coincide esta actitud, aunque por motivos totalmente diferentes, con el sentimiento de los teólogos de que en el siglo presente España tracionaba su verdadera vocación:

No es controvertible que en nuestros días no logran pública luz tantos, ni tan buenos libros de teología como en los siglos precedentes: y también que este estudio ha llegado en España casi al sumo grado de la decadencia (8).

Ya se ha visto que en el análisis de la decadencia se rebasa el fenómeno del lujo en los siglos anteriores con la esperanza de que la Ilustración del presente hará desaparecer los males de que padecían los antepasados. Un libro curioso de 1787 intitulado *Elementos para la historia de las causas de la despoblación de España* repite la opinión defendida ya en 1770 por el *Correo General de España* de que la despoblación y con ella la decadencia comenzaba con la expulsión de los judíos. En el extracto de la obra se mencionan todos los demás motivos que favorecieran el desarrollo funesto de la sociedad española:

La salida a las Indias. La misma a Roma por las pretensiones. El gobierno flamenco. El celibato del ejército. El mucho número de religiosos de ambos sexos en algunos tiempos.

y otros temas por el estilo (9). En el *Semanario erudito* de Antonio Valladares de Sotomayor, año 1790, vuelve a plantearse el problema de

(8) *Memorial Literario, Instructivo y Curioso de la Corte de Madrid*, octubre de 1787, XII, p. 243.

(9) *Memorial Literario, Instructivo y Curioso de la Corte de Madrid*, julio de 1787, Madrid, XI, pp. 327 y ss.

la «causa de la decadencia de la monarquía española y sus efectivos remedios» (10). El autor se compara con el médico que acude a la cama de un enfermo, confirmación del concepto orteguiano de la «literatura de lazareto». El autor no solamente ve la casi coincidencia del auge español con el comienzo de la decadencia, sino que enseña la interdependencia de los dos fenómenos. Dice:

Gloriosa y triunfante la nación española poseía dilatado Imperio; de él nacieron la envidia y el temor en las demás naciones, que fácilmente conspiraron a su ruina. Moviéronse contra ella guerras sangrientas, y por la distancia más costosa no bastaban a suplir sus gastos los anuales tributos, ni era entonces libre el imponerlos sin consentimiento de las Cortes; de cuya muerta autoridad quedaron las cenizas en la prorrogación de millones. Abundaba el Reino de gentes, florecían las artes y el comercio, y huyendo la nota de imponer nuevos tributos, se eligió el medio de gravar las rentas.

Eran muy solemnes los contratos, segura la fe, y puntual la paga de los réditos; y llegados de su dulzura los hombres que aman sobre todo el descanso, tuvieron a dicha emplear sus caudales para vivir ociosos sin la fatiga de la industria en las artes, de la incertidumbre en los frutos, ni los riesgos del comercio, y lo que peor es, sin el estudio de las ciencias ni la virtud. Y este apetecido descanso, no sólo le quisieron para sí, sino para sus hijos y sucesores a fin de eternizar su nombre; sin advertir que caduca mano, nada eterno puede fabricar (p. 64).

Interrogando a los testigos de la decadencia hasta ahora no hemos encontrado ninguna reacción al célebre artículo de Masson de Morvilliers publicado en 1782. Los españoles del siglo de la Ilustración no necesitaban ningún estimulante extranjero, para plantear el problema de la decadencia nacional. A pesar de ello la actitud de Masson chocaba la sensibilidad española. Nunca se concede a la crítica ajena lo que la autocritica reconocería sin dificultad alguna.

La exasperación de los españoles llegó hasta suscitar la protesta diplomática del gobierno de Carlos III contra el artículo massiano (11). Dos apologías, una de Cavanilles y, posteriormente, la del italiano Denina, he aquí las contestaciones más extensas al artículo de Masson de Morvilliers (12). Además, la obra de Sempere y Guarinos puede considerarse como respuesta a los conceptos de Masson, con la demostración de la actividad intelectual en el siglo xviii. Pero la contestación más detallada y más compleja la ofrece el *Censor*, entre

(10) Tomo XXIX, pp. 61 y ss.

(11) Sobre este asunto consúltese el libro de LUIGI SORRENTO: *Francia e Spagna nel settecento*, Milano, 1928, pp. 103 y ss

(12) En cuanto a Cavanilles, Sorrento, pp. 119 y ss., y respecto a Denina, Sorrento, pp. 171 y ss.

todos los periódicos el más importante al lado del *Pensador*, de Clavijo y Fajardo. Ya antes del año 1782, fecha de la publicación del artículo de Masson, el *Censor* revela su preocupación por el problema de la decadencia. En el discurso 22 correspondiente al año 1781, refuta las opiniones más corrientes, como si la expulsión de los moriscos fuera bastante para influir en el desarrollo de la sociedad española. La culpa de la decadencia debe de atribuirse sobre todo a la obra paralizadora de los mayorazgos y grandes propiedades cada vez más extensos. En el discurso 110, el *Censor* se adhiere a la perspectiva pesimista massoniana. En el discurso 113 se ve enfrentado con la apología de Denina, quien según dice con sorna, le ha movido a cambiar sus opiniones. Añade con ironía que aún no había acabado de leer la obra de Denina, pero que ya estaba convencido de la ceguera que hasta ahora le ocultaría el conocimiento de los factores más importantes del problema. En verdad,

si se habla de esas ciencias y esas artes, que sinceramente a la gloria de una nación, o a la mera utilidad temporal suya, o cuando más al conocimiento de la verdadera religión, de sus dogmas, de su moral, del espíritu de la Iglesia y del Evangelio, etc.: si se habla de unas tales ciencias y artes, digo, que es certísimo que ellas nos deben muy poco o nada.

Sigue concretándose el asunto ya que se detallan todas las ciencias y artes con cuyo cultivo los españoles no igualaron a las demás naciones:

Porque pensar que hemos tenido tantos y tan excelentes matemáticos, así en las matemáticas puras, como en todos los ramos de las mixtas: tantos y tan excelentes filósofos en filosofía racional, moral y física; y particularmente en aquel ramo de la segunda, que tiene por objeto el conocimiento de lo bello: tantos y tan excelentes teólogos y jurisconsultos naturales, y aun intérpretes del derecho romano: tantos y tan excelentes políticos y economistas: tantos y tan excelentes teólogos polémicos, escriturarios: tantos y tan excelentes historiadores, eclesiásticos particularmente: tantos y tan excelentes escritores de disciplina eclesiástica: tantos y tan excelentes críticos, que tantos y tan excelentes descubrimientos han hecho: tantos y tan excelentes oradores así sagrados como profanos: tantos y tan excelentes poetas épicos, dramáticos, líricos: finalmente tantos y tan excelentes artífices prácticos, como en todas o en cada una de las demás naciones de Europa; pensar esto, digo, es pensar un disparate: es haber perdido el sentido común: es ignorar con una suprema necedad y estupidez qué cosa son ciencias y qué cosas son artes: es no saber que hay muchas de estas y especialmente de aquellas cuyos nombres son casi o sin casi desconocidos enteramente en España. Y estampar en libros lo contrario: estampar que Descartes fue un plagiario de un autor español: que Bourdaloue, Massillon, Fléchier, etc., han sacado sus oraciones de nuestros oradores; y cosas a estas semejantes; es un atrevimiento

sin segundo: un descaro, una imprudencia sin igual: es mentirle en sus propias barbas a la nación; y es finalmente la mayor prueba de nuestra ignorancia en estas artes y ciencias el que semejantes libros tengan alguna aceptación, y el que ellos y sus autores no sean silbados públicamente.

Exceptuando el *Don Quijote*, la literatura española no ofrece —según el *Censor*— ninguna obra «comparable y mucho menos superior a las obras excelentes de otras naciones». Los méritos de los romanos y árames hispánicos no se pueden adjudicar a los españoles. De la misma manera podría hablarse de la superioridad universal de los turcos hoy día establecidos en Grecia como si participasen de la actividad cultural e intelectual de los griegos antiguos.

Con un sarcasmo terrible dice que España ha hecho mucho más que todas las demás naciones concentrando sus fuerzas en conseguir la felicidad verdadera «perdurable y eterna de la otra vida». Por este respecto todos los males de la pobreza nacional vienen a ser los estimulantes para obtener el favor del cielo. Esta «santa pobreza pública» se debe a la ignorancia y a los errores comunes del pueblo considerados como virtudes en oposición a las aspiraciones «falsas y fútiles» para acarrear la ilustración de un pueblo. Sin olvidar su papel de ironía sangrienta el *Censor* traza la imagen del reinado de Fernando el Católico y del de Felipe II:

... para no hablar sino de tres siglos a esta parte, apenas acabábamos de salir de la esclavitud feudal, y apenas se hubo fundado por el Católico Fernando esta grande monarquía capaz de hacer sombra o de dar zelos a las más poderosas de la Europa; cuando se sembraron con ella las semillas de nuestra ignorancia y de nuestra pobreza futuras, que tan felizmente fueron brotando en lo sucesivo, echando raíces profundas, extendiendo diversos ramos, y dando copiosos frutos. Sin embargo, desde aquel reinado hasta el de Felipe II permanecemos al nivel de las demás naciones en punto a literatura y bellas artes; y hubo entre nosotros tan buenos humanistas, tan buenos oradores y poetas, tan buenos escultores, pintores y arquitectos como en cualquiera parte de Europa. Demás de esto nuestro nombre era en aquella época temido o respetado de todo el mundo: nuestra lengua era de moda, y se había hecho como ahora la francesa casi común en la Europa toda: y la extensión de nuestros países, así dentro como fuera de ella era inmensa.

Pero en la misma época las ciencias conectadas inmediatamente con la felicidad mundana, o fueron ahogadas en su nacimiento o perseguidas con todos los que despuntaban en ellas. Sin duda el *Censor* se refiere a la Inquisición cuando dice:

... pudiera referir aquí muchos ejemplos de estas justas persecuciones...

Pasando de la época de Felipe II a la de Felipe III, hace constar que bajo el reinado del último

no se sostenía esta monarquía sino en fuerza de su reputación pasada, como sucede al mercader que habiendo perdido casi todos sus caudales, se mantiene sin quebrar en fuerza de su crédito.

El proceso de la decadencia, de «nuestras felices miserias», según dice el *Censor* con humorismo cruel, alcanzó su cumbre en el reinado de Carlos III, cuando

llegamos a no tener ya ningunos artes, ningún comercio, casi ninguna agricultura, ninguna marina, poca ni mucha, ningún ejército grande ni chico; y no se sostuvo ya la monarquía sino por una especie de milagro.

El viraje que significaba el advenimiento al trono de la dinastía borbónica dio su fruto con el reinado de Carlos III:

... crecen muy considerablemente, y como nunca hasta entonces las falsas luces, y la agricultura, y el comercio reciben muchos aumentos: la marina, y el ejército se ponen en un pie muy respetable: sus ministros son poseídos de un bárbaro zelo por esta desdichada felicidad pública, y este espíritu que llaman patriótico se apodera de una buena parte de la nación. Todo en una palabra nos amenazaba una renovación total de cosas.

Aún cabe dudar del éxito de aquellas empresas:

Pero consolémonos, que aún permanecen en pie los principales obstáculos. Nuestra pobreza y nuestra ignorancia nunca han ido a menos: es verdad. Pero consolémonos con que mientras esta sea común no hay que temer esfuerzos del gobierno para arrancarlos y hacernos prosperar.

El *Censor* considera las reformas de la Ilustración como promesa generosa y llena de porvenir. Pero no hay que exagerar el éxito de aquellas aspiraciones. El cuadro de conjunto aún queda bastante sombrío:

Consolémonos con que nuestra riqueza no ha llegado todavía a ser tan grande, que tengamos lo suficiente para comer y vestir. Aún necesitamos para nuestro preciso alimento, que nos subministre el extranjero un año con otro de 800.000 a un millón de fanegas de trigo. Necesitamos de garbanzos, de judías, y otras legumbres y granos. Necesitamos de carne: necesitamos de tocino para media España: necesitamos de todo el pescado que consumimos a excepción del fresco: necesitamos principalmente de huevos que vienen a venderse desde

Bearne hasta en la plaza de Madrid, y surten a todo Aragón. Y para nuestro alimento no preciso necesitamos de otros mil artículos, y hasta de azúcar y cacao.

En el plan ideológico lo peor son las apologías que nos sugieren «ser la nación más rica y poderosa del universo». Los apologistas siguen:

mantiéndonos en nuestra ignorancia que es el único muro que nos defiende de la riqueza y prosperidad.

Con todo, la respuesta a la pregunta massoniana tiene que ser afirmativa en lo tocante a «nuestra teología, nuestra moral, nuestra jurisprudencia... y nuestra política». Sin embargo, las ciencias y artes, que tienen el monopolio de la utilidad se han abandonado a las naciones extranjeras, contribuyendo a su crecimiento de una manera indirecta, con dejarles apoderarse de las riquezas que deberían de pertenecer a la nación española.

Sería un grave error despreciar las ideas del *Censor* como si procediesen de la mente de un afrancesado impertérrito y testarudo entre aquellos que por mera pedantería no tienen redención. Está perfectamente enterado de lo que pasa en Francia, pero sin perder la serenidad y el sentido crítico en vista de las naciones extranjeras. Los esfuerzos de la Ilustración contemporánea le parecen notabilísimos; pero no se le oculta que aún no se ha llegado a mitad del camino. Se distingue por su pesimismo de los prohombres de la Ilustración, los que pensaban, como Jovellanos lo expresaba en una carta dirigida a Godoy en 1796:

En esta orden de las causas de prosperidad de una nación tiene el primer lugar la Ilustración y se presenta a mis ojos como la primera fuente de toda prosperidad ... puesto que una nación ilustrada tendrá en su mano conocer y alcanzar todas las demás causas subalternas de su prosperidad (13).

Para Jovellanos y sus secuaces, el concepto de la Ilustración viene a ser el remedio universal e infalible contra todos los males de una tradición decadente.

WERNER KRAUSS
Kanalstrasse, 35
1165 BERLIN-HESSENWINKEL

(13) BAE, 86, p. 197.